

Laborem

HACIA EL BICENTENARIO DE LA REPÚBLICA: RETROSPECTIVA Y TENDENCIAS

N.º 24 / 2021



JAVIER NEVES: MAESTRO Y AMIGO

ALFREDO VILLAVICENCIO RÍOS*

Cuenta Eduardo Galeano que *un hombre del pueblo de Neguá, en la costa de Colombia, pudo subir al alto cielo.*

A la vuelta contó. Dijo que había observado desde arriba la vida humana.

Y dijo que somos un mar de fueguitos.

El mundo es eso, reveló, un montón de gente, un mar de fueguitos.

Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás.

No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, ni alumbran ni quemán; pero otros arden la vida con tanta pasión que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca se enciende.

No tenemos la menor duda que Javier Neves perteneció destacadamente a esta última categoría de personas, a la de los esos fuegos apasionados que no se les puede quitar la vista de encima y que encienden a quien se les acerca. Por eso todos los que hemos crecido a su vera lo llamamos Maestro Neves, y somos una numerosa legión de discípulos, del más variado ejercicio profesional, orientación política, inclinación artística y singularidad personal.

* Doctor en Derecho obtenido por la Universidad de Sevilla, Miembro de Número de la Academia Iberoamericana de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social. Decano de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú (julio 2014-diciembre 2020), Director del Doctorado en Derecho (2011-2017) y de la Maestría en Relaciones Laborales (2008-2014) de la misma Universidad.

Porque eso es un Maestro, porque eso fue Javier: mucho más que sólo un gran profesor y un acucioso académico, fue una persona de gran sensibilidad y cultura, plural y tolerante, con una mirada compleja hasta de lo simple, pero no problemática sino problematizadora, comprensiva en todos los sentidos de la palabra, un modo de ser afectuoso, expresivo y entrañable, siempre dispuesto al abrazo sincero, al tiempo compartido, a la expresión benevolente, sin renunciar jamás a la ironía, que bien usada, como en el caso de Sócrates, el tábano de Atenas, va mucho más allá de lo punzante para poner las cosas en su sitio.

Dedicó su vida a la formación de profesionales del derecho, en todas sus expresiones: abogados, investigadores, funcionarios públicos, gerentes legales, con una visión integral y crítica del derecho, de la vida, de la ciudadanía. Escrupulosamente proba y con un respeto irreductible de la democracia y de los derechos humanos, como expresión sustantiva de ella.

Y lo hizo con tanta calidad, convicción y compromiso, que transitó, con toda naturalidad y a velocidad de rayo, de profesor contratado a profesor principal, y de coordinador de curso, a Jefe de Departamento y Decano, dejando en claro que su compromiso con los jóvenes valores del Derecho, como siempre ha llamado a sus estudiantes, no era un empeño ocasional o secundario, sino vital, prioritario, del que se han beneficiado no sólo sus discípulos laboristas sino todos los estudiantes de la Facultad en la que ha ejercido los más altos cargos.

Este amor por las y los estudiantes sólo lo compartió con el que sentía por el arte y por los trabajadores trabajadoras y sus organizaciones, como soportes medulares de una sociedad no solo más justa individual y socialmente, sino mejor educada, más culta y asentada en sólidos valores y principios.

El jurista metódico, riguroso, versátil y creativo, estuvo siempre acompañado del ávido y ecuménico consumidor de arte, que nutrió su mirada con poesía de todos los confines: Kavafis, Rimbaud, Li Tai Po, Borges, García Lorca, Vallejo, entre otros. Amplió sus horizontes con el cine de Kurosawa, Bergman, Truffaut, Rohmer, Scola o Tornatore. Y voló siempre entre los colores e impresiones de Van Gogh Monet, Renoir, y los maravillosos acordes de Mozart, Bethoven, Chopin o Ravel. Sin descuidar la música popular encarnada en Raúl García Zárate, Alicia Maguiña, Chabuca Granda, Tania Libertad, Ana Belén, Joan Manuel Serrat, Chico Buarque, Alfredo Zitarrosa o Soledad Bravo. Y con todos esos

compañeros de vida nos regaló su sabiduría sin más recompensa que el abrazo apretado y el camino compartido.

Luisito Hernández, uno de los poetas que lo acompañó cotidianamente, escribió *“En el sueño, en todo amor está la soñada Coherencia”*. Y la sindéresis, la consistencia, la congruencia en la defensa de los fundamentos y funciones del Derecho del Trabajo y la causa de los trabajadores y trabajadoras, signó también su vida profesional, llevándolo a integrar todas las comisiones de expertos habidas, a participar de manera constante en actividades formativas de las organizaciones de trabajadores, a patrocinar las grandes causas sindicales en el Tribunal Constitucional, llegando a ejercer su magisterio humano y jurídico como un muy recordado Ministro de Trabajo que puso en orden las relaciones laborales de sectores como construcción civil y portuarios, restituyendo su negociación colectiva por rama y poniendo fin a la lamentable época de destrucción civil que vivimos entre el 96 y el 2004.

Finalmente, debo resaltar un singular libro suyo que nos muestra a cabalidad al ser humano multidimensional y entrañable cuya semblanza tratamos de plasmar en estos párrafos. Su título *“Palabras más, palabras menos”*, y en él encontramos sus discursos de padrino de numerosas promociones de Derecho y algunos cuentos en los que están omnipresentes circunstancias y personajes de su querida Facultad de Derecho. De este libro, en el que expresa con libertad sus reflexiones personalísimas en temas tan relevantes en su vida como docencia, universidad, estudiantes, cultura, ética y compromiso, extraemos unos párrafos de su último discurso titulado *“La labor que realmente me expresa es la docencia; el derecho es solo un pretexto”*, que condensan inmejorablemente la complejidad, articulación y calidez de su pensamiento.

La docencia es fascinante para mí, porque permite entablar un sólido vínculo con los estudiantes en los dos campos: el académico y el afectivo.

En lo académico, la responsabilidad del profesor es enorme: prepararse, transmitir, formar, acompañar. Se requiere auténtica vocación.

En las “Cartas a un joven poeta”, ante la pregunta: ¿cómo descubrir si soy un escritor?, Rilke responde: “reconozca si se moriría usted si se le privara de escribir... pregúntese...¿debo escribir?”, y si su respuesta fuera de asentimiento “entonces construya su vida según su necesidad”.

Yo me he respondido afirmativamente esas preguntas acerca de la docencia.

En una tira de Quino, Miguelito le dice a Mafalda: “estoy empezando a sospechar que cuando la maestra pregunta algo no es porque ella no lo sepa”. Ella inquiere a su vez si recién se da cuenta o si le está tomando el pelo, y lo manda al cuerno. Y Miguelito defraudado sentencia: “y yo contestándole todo a esa simuladora con mi estúpido tonito paternal;”. A diferencia del profesor escolar, que formula una pregunta que tiene una respuesta que él conoce, el profesor de derecho formula una interrogante que probablemente tenga varias respuestas, algunas de las cuales podría no haber imaginado. No hay actividad más estimulante en lo intelectual y en lo afectivo.

(...)

Y que sea una tarea que genera escasos ingresos económicos, no es relevante. El profesor tiene un gran margen de autonomía para decidir contenidos, prioridades, enfoques, tiempos, etc, respecto de su curso. Nos sucede como al cineasta Buñuel, que, describiendo un período en el que filmaba con bajos recursos, escribió: “la modestia de mis presupuestos era también la condición de mi libertad”.

Lo verdaderamente importante, pues, son los salarios indirectos: además de la libertad de cátedra, el reconocimiento y afecto de los alumnos. Nada podría pagar mejor que eso. Más para un viejo solitario, que podría decir -como Serrat en su canción- “que por una sonrisa doy todo lo que soy, porque estoy solo y tengo miedo”.

28

Terminamos esta semblanza con unos versos de Jorge Luis Borges, quien sabiendo más que nadie que las palabras responden a convenciones sociales, escribió un hermoso poema en que afirma:

*Si ...
el nombre es el arquetipo de la cosa,
EN LAS LETRAS DE ‘rosa’ está la rosa
Y TODO EL NILO en la palabra ‘Nilo’*

Visto así que las palabras tienen contenidos o refieren, no tenemos duda que en cada mención de las palabras maestro y amigo, vendrás a nuestro lado, querido Javier. Y entonces nos dirás, golpeándonos la espalda con cariño, “el molino ya no está, pero el viento sigue todavía”, citando a tu venerado Vincent Van Gogh.

Hasta siempre Maestro-Amigo

Hasta siempre querido Javier